

# Sergio Arrieta

Señor, deseo percibir/ la insignificancia de las cosas materiales/ y el alma del prójimo/ y la pendiente del camino que lleva hacia/ ti.

## Las palabras se confunden en la mar

Mar. Cubierta por sí misma. Ella,  
socavada por sus propias alas.  
Lo contiene todo, se inclinan las costas,  
se rompen los acantilados.  
La luna quiere penetrarla, pero se marea.  
La lluvia también, pero se agota.  
Profundidad interminablemente alcanzable,  
la poesía, el lector, las palabras  
tienen vértigo. Ahoga, apaga sus intentos,  
mas también les da altura y reflejos.

Mar. Sangre azul de la tierra.  
Última Thule que sacia toda sed de paz.  
Quien la mira se vacía y llena a la vez,  
de ese fondo que aguarda, guardado  
celosamente en algún planeta de sus células.  
Si la piensas, sus ojos roban cualquier azul,  
abren la tierra bajo tus pies.  
La luna, la lluvia, el viento, aquí en tierra  
se vuelven uno.  
Y el vértigo cesa,  
y el grito rompe el universo,  
como una ola de luz.



B. Gandiaga, con Maite, su sobrina.

## La poesía es el quinto elemento

Ahora que estábamos en el muelle, precipicio entre nuestro pasado y lo desconocido, yo pensaba en la poesía, y en cierta mujer fantástica que me prendió con ella.

Fue desde un libro penetrado, mas no vencido por humedades,  
que entró sin tocar tierra en mi ignorancia.

Se decía que quien buscara su isla, no la hallaría sino por casualidad.

Volví a leer, erré, me embriagué cien veces con esta frase; loco por no encontrar la isla. Y, un día, apareció una orilla. Por aquel entonces, estaba perdido. Todo me ahogaba y mi destino se volvía inacabable horizonte. Bruscamente, el mundo giro en mi cráneo, rozando con rayos su corteza de hueso.

Una noche diáfana, en que la cabeza aún me daba vueltas, ella franqueó el linde del bosque. Entró en el arenal donde yo vagaba. Me dijo cosas inmortales, con las cuales se pueden pasar puertas de montes. Me habló de Melusine, Maeve, Erato, Frau Holle y de tantas otras irreales. Pero también me enseñó que era yo, quien no existía.

Fue, me parece, no estoy seguro, cuando se derrumbó la tierra firme en mi cráneo.

Deseo que mis ojos sean afilados/ como dos espadas:/ hechos con el acero firme de la verdad desnuda/ y con el dolor de las estrellas esquivas.